

Dení Trejo Barajas, *Espacio y economía en la península de California, 1785-1860*, La Paz, Universidad Autónoma de Baja California Sur, 1999, [Serie Científica. Ciencias Sociales y Humanidades], 293 pp.

En 1991 Jorge Amao escribió un artículo sobre Baja California Sur, que fue incluido en *Balance y perspectivas de la historiografía noroccidental* bajo la coordinación de Jaime Olveda¹. En él señaló, después de repasar el carácter joven de la Universidad Autónoma de Baja California Sur fundada en 1981, la ausencia de la figura de investigador en la legislación universitaria, la carencia de fondos para la investigación y el carácter casi virgen de la península, o media península, para la investigación histórica.

A ocho años de distancia de las aseveraciones formuladas por Jorge Amao, el panorama académico en ese estado de la República Mexicana parece no ser el mismo gracias al desempeño de un grupo de jóvenes historiadores que ya comienzan a publicar sus resultados de investigación. El carácter casi virgen de Baja California Sur en el ámbito de los estudios académicos no dejó de ser, sin embargo, un estímulo poderoso para esa nueva generación de historiadores mejor equipados en el conocimiento de las corrientes historiográficas y los repositorios documentales que la generación precedente. Y para muestra, un botón...

Se trata del trabajo de Dení Trejo Barajas, *Espacio y economía en la península de California, 1785-1860*, que viene a llenar un vacío en la historia de Baja California Sur. En él se conjugan la teoría y la base

¹ Jaime Olveda (Coordinador), *Balance y perspectivas de la historiografía noroccidental*, Guadalajara, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Gobierno del Estado de Jalisco, Universidad de Guadalajara, 1991, (Colección Regiones de México), pp. 23-28.



empírica documental para mostrar la articulación de diversas dinámicas económicas, políticas y sociales en el desarrollo y organización espacial de la península, con eje en la propiedad privada destinada a la producción para el mercado. La historiadora Trejo Barajas nos muestra a través de cuatro capítulos: Primeras señales de cambio en la economía bajacaliforniana, 1785-1825; Integración económica del extremo sur peninsular, 1825-1835; La apropiación de los espacios productivos, 1829-1860; y Comercio y comerciantes en el extremo subpeninsular: la formación de un mercado regional, 1835-1860, el complejo entramado de un proceso de transición de una sociedad de antiguo régimen, en el que aborda de manera prioritaria los cambios básicos en las estructuras económica, social y política de esa región del noroeste de la Nueva España y, a partir de 1821, del México independiente. La autora analiza los cambios inmersos en un proceso de apropiación secular de los espacios productivos, las instituciones y la cultura, y cuyo resultado más visible sería la integración regional con eje en el extremo sur peninsular. Con esa perspectiva metodológica, resulta pertinente resaltar la forma en que la autora enfoca la parte estructural de su estudio, y la manera en que lo vincula con el desempeño de las instituciones y los agentes sociales involucrados, y en buena medida artífices de la formación de un mercado regional.

Dení Trejo emprende su alegato mediante el rastreo y ubicación de las señales del cambio en la economía y la sociedad bajacaliforniana entre 1785 y 1825. Destaca en un primer momento el proceso de secularización promovido tempranamente por José de Gálvez, en tres puntos básicos: el establecimiento de un gobierno civil, la apertura del puerto de San Blas y las nuevas franquicias al comercio en las costas del Pacífico, mismos que terminarían por desplazar el sistema misionero (Compañía de Jesús, 1697; Franciscanos, 1768-1772; Dominicos, 1772-1855, puntal y bastión de la colonización española en el noroeste de la Nueva España), en la organización de los asentamientos humanos, las actividades productivas y los lazos comerciales con el macizo continental y las costas sureñas peninsulares. Ese proceso, que se inició prácticamente en el último cuarto del siglo XVIII y que recorre la primera mitad del

siglo XIX, rompió definitivamente con las prerrogativas misionales y tuvo como protagonistas a los civiles españoles, antiguos soldados del presidio de Loreto, quienes una vez licenciados emprendieron una nueva colonización atraídos por las actividades lucrativas en la agricultura, la cría de ganado y la pesquería de perlas o la explotación de los yacimientos mineros de la comarca (Reales de minas Santa Ana y San Antonio), y se consolidó en la primera mitad del siglo XIX bajo el impulso del movimiento de independencia, las instituciones de gobierno republicanas y las nuevas dinámicas comerciales por el Pacífico.

Como en otras regiones del Occidente mexicano (Guerrero, Michoacán, Colima, Jalisco y Nayarit) de la primera mitad del siglo XIX, en las que se percibe la presencia de un sector dinámico de comerciantes con influencias y contactos más allá del ámbito estrictamente local o regional, y que buscaron capitalizar para sí la ampliación del tráfico en el extenso litoral del Pacífico mexicano, la actividad marítimo-comercial en las costas del Noroeste estimuladas por la expansión de las naciones manufactureras desde los años noventa del siglo XVIII, y más tarde por la fiebre del oro en California a partir de 1849, hicieron de la bahía de La Paz tránsito obligado de personas y bienes hasta convertirla en un nuevo polo de organización del espacio y de la economía baja californianas que capitalizaron los colonos, españoles y mestizos, para "fortalecer sus bienes y negocios". A partir de esas premisas, la autora estudia el proceso de formación económica del extremo sur de la península de California, por haber sido ésta región eje y escenario de la formación de una economía de mercado de mucho más relevancia que su parte norte.

Trujo Barajas retoma en su estudio la importancia de la infraestructura agropecuaria dejada por el sistema misionero, sin la que no se entendería cabalmente la expansión de colonos civiles y el desarrollo de actividades más directamente relacionadas con una economía de mercado. A las actividades marítimas y alimenticias, como las perlas y la sal, habría que agregar la extracción de plata que a partir de 1812 dejó atrás su carácter raquíptico para fungir en lo sucesivo como un punto de atracción de capital, trabajadores, insumos y servicios. Esta última actividad atrajo la presencia de

nuevos colonos, españoles y mestizos, que dotarían a la sociedad peninsular bajacaliforniana de nuevos grupos sociales, actividades y necesidades, precisamente en los momentos en que decaía el sistema misional y la población indígena entraba en una crisis demográfica. La primera articulación en esa dirección recorre los años de 1825 a 1835, aunque sin lugar a dudas mantiene una proyección a lo largo de los seis primeros lustros del siglo de la independencia, y se fincó sobre la conjunción de las actividades mineras de Santa Ana y San José, asentadas en la parte montañosa, y las tierras de las antiguas misiones de San José del Cabo, Santiago y Todos Santos que las rodeaban. Sobre esta base los flujos comerciales entre el macizo continental y las costas sureñas peninsulares se ampliaban gracias a la formación de un mercado minero-agropecuario.

Otro elemento que no siempre aparece en los estudios económicos y sociales, pero que la autora incorpora muy atinadamente en su investigación para analizar en la integración de la economía de la región, está referido al papel que desempeñaría la Subcomisaría de Hacienda primero establecida en Loreto en 1824, y al año siguiente en San Antonio, por encontrarse ésta en la parte sur de la península en donde se concentraban la mayor parte de la población tanto como las actividades productivas objeto de la recaudación fiscal.

El estudio de la fiscalidad representa un instrumento de análisis fundamental para entender el desempeño de las instituciones de gobierno en la administración pública tanto como para penetrar en sus políticas de fomento, directamente relacionadas con las actividades productivas, el comercio y los servicios; asimismo para aquilatar las actuaciones temporales y de larga duración de los diferentes grupos sociales emergentes, en la integración de la economía bajo la égida de la propiedad privada y la ampliación del mercado regional.

Y eso es precisamente lo que realiza la autora en su libro, aunque todavía resta mucho por estudiar. Trejo Barajas nos muestra a través del estudio del arrendamiento de la recolección del diezmo que realizaba la Subcomisaría de Hacienda en subasta a particulares, propietarios de tierras, mineros, ganaderos y comerciantes con fuertes intereses en la región y en el comercio marítimo, cómo los

“diezmeros” utilizaron esta prerrogativa pública como otro mecanismo de enriquecimiento y control del conjunto de las actividades productivas y comerciales. De su análisis, la autora extrae una importante conclusión que tiene como eje a los “diezmeros”: “primero, su fortalecimiento como comerciantes, pues establecieron y controlaron una red de intercambio en el sur a partir de la recolección del diezmo; segundo, la incentivación de la producción agropecuaria a través de una demanda que garantizaban los diezmeros-comerciantes, quienes a la vez eran abastecedores de los granos y las mercancías importadas que los rancheros solicitaban; y tercero que San Antonio se convirtiera en un punto de intermediación comercial dado que los excedentes agroganaderos eran llevados a dicho lugar, donde se consumían parte de los productos, llegaban comerciantes del exterior a comprar y vender, y donde se tenían que registrar... los bultos y cargas de mercancías que serían enviados hacia la costa para embarcarlos en las balandras y goletas del comercio de cabotaje o en los buques extranjeros” (pp. 105-106). Estos grupos emergentes, alejadas como estaban de los controles hacendarios y de los intereses monopolistas de los comerciantes de la ciudad de México, se alzarían con el control comercial de la península.

179

Sobre la hechura de esa red de comercio regional se asienta la apropiación y dimensión del nuevo espacio económico. Por supuesto, aún hacen falta estudios monográficos que aborden las redes mercantiles y la organización empresarial que se fraguó durante el largo periodo que va de 1785 a 1860. Desde luego, un lector cuidadoso de la obra encontrará aquí los elementos intrínsecos y los impulsos sucesivos de los actores principales del proceso de modernización que vivió la región en ese periodo.

En el último apartado, Trejo Barajas destaca hábilmente cómo el aumento de las transacciones comerciales bajacalifornianas posibilitó por una parte la ampliación de relaciones mercantiles y, por la otra, el fortalecimiento de un mercado interno peninsular, al tiempo que definía en buena medida las relaciones del gobierno nacional con el sector de propietarios y comerciantes peninsulares. El gobierno, a través de su política fiscal, buscó sujetar a propietarios y comerciantes a las nuevas pautas impositivas nacionales, en tanto

que los segundos burlarían cotidianamente las políticas impositivas arguyendo una débil colonización y una exigua economía que demandaba por el contrario apoyos directos del gobierno central. Ello explica también, según la autora, la debilidad financiera del gobierno territorial y municipal frente a este sector que entre 1835 y 1860 lograría capitalizar el aumento de las transacciones comerciales mediante la "evasión fiscal", como un mecanismo de enriquecimiento, y alzarse con el poder económico de la península a través del establecimiento desde finales del siglo XVIII de una red comercial regional con asiento en el puerto de La Paz. "Las ventajas de que gozaron los comerciantes interesados en el tráfico peninsular a lo largo de la primera mitad del siglo —concluye Dení—, les permitió a éstos desarrollarse económicamente y contar con mayores recursos, tanto para dominar el intercambio al interior de la península, como para invertir en las actividades más lucrativas de la zona: la minería y la pesca de perlas".

En resumen: nos encontramos con una investigación madura, de lectura imprescindible para un mejor conocimiento de la realidad histórica peninsular bajacaliforniana. Sin embargo, también debemos señalar que encontramos en ella pocas referencias que nos permitan integrar las particularidades que se registran en la formación de un mercado regional, con aquella otra realidad de mayor envergadura y peso, como lo es el mercado nacional, que lo articula y lo dota de sentido. En esta dirección cabría preguntarse ¿cómo se articuló y de que manera contribuyó, si es que lo hizo, ese segmento social de comerciantes-propietarios en la búsqueda del crecimiento económico y de la expansión del capitalismo del siglo XIX? Quizás encontremos en las posibles respuestas buena parte de las claves que nos expliquen los límites y las debilidades del largo y tortuoso desarrollo del capitalismo mexicano decimonónico.

José Alfredo Uribe Salas

Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo